

pre a Dostoievski. Acaso la soledad humana sea su obsesión central, que explora con implacable intensidad.

En las letras hispanas en general, y particularmente en las cubanas, la intensidad suele surgir del Eros o la política. Ambos temas están presentes en su literatura (el éxodo cubano y la prisión política en Cuba, la guerra del Golfo Pérsico, las tortuosas relaciones entre los amantes), pero sirven más bien como refuerzo o contrapunto al estudio de la angustia existencial.

En un certero ensayo, Luis Manuel García ha observado que «sus tres novelas son verdaderos *Bildungromanen*, especialmente *La travesía secreta* y *La ruta del mago*, dado que *Puente en la oscuridad* es una suerte de búsqueda inversa, de retorno a la infancia», y que el destino conjunto de sus protagonistas podría componer «un mismo *Aprendizaje de Wilhelm Meister*» (*Encuentro de la cultura cubana*, n.º. 44, pág. 34).

Cabría agregar que, a diferencia del sereno Goethe –ese hombre que parecía tener al universo entero por las barbas–, los personajes de Carlos Victoria parecen aceptar con estoicismo y con algo de humor que son las víctimas de una especie de amarga broma cósmica. Su destino carece de toda certeza.

En su prólogo a un libro de José Bianco (no el que me presta Carlos, sino otro), Borges escribió: «José Bianco es uno de los primeros escritores argentinos y uno de los menos famosos. La explicación es fácil. Bianco no cuidó su fama, esa ruidosa cosa que Shakespeare equiparó a una burbuja y que ahora comparten las marcas de cigarrillos y los políticos. Prefirió la lectura y la escritura de buenos libros, la reflexión, el ejercicio íntegro de la vida y la generosa amistad.»

No me cabe duda alguna de que estas hermosas palabras podrían haberse escrito sobre Carlos Victoria. No es de extrañar, por tanto, que sus libros sigan siendo un secreto para muchos.

En cuanto al libro que me prestó, nunca alcancé a devolvérselo. Semanas de dar tumbos en mi mochila (atrapado entre mi Mac y otro montón de cosas que acarreo todo el tiempo, sin saber exactamente por qué) le estropearon la delicada cubierta y le partieron las esquinas. Pensaba comprarle en algún momento, tal vez mañana (mientras estamos vivos, tenemos la ilusión de que siempre habrá tiempo) un ejemplar nuevo en Amazon.

Ahora su muerte repentina, muerte de estoico, me ha robado esa oportunidad. El libro duerme aún, junto a mi gato, en un anaquelel de mi biblioteca. Acaricio sus páginas baqueteadas, monedas de entresueño, mientras escribo éstas ©



